

Ensayo Arbitrado

LAS PESADILLAS DE ULISES

HENRY RAMÍREZ REY

HENRAREY@HOTMAIL.COM

LETRAS, LENGUAS Y LITERATURAS CLÁSICAS

LCDO. UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

RECIBIDO: 01/07/2022 REVISADO: 05/09/2022 ACEPTADO: 06/11/2022

Resumen

La literatura clásica, y en especial la griega, tienen un compendio de eternas enseñanzas para el hombre de todas las épocas. Así, se deduce en la obra de Homero, y dentro de sus cruciales poemas, La Odisea. Ulises, tal vez es, uno de los personajes más significativos por su rol decisivo en el final de La Guerra de Troya. Su rol de hombre ingenioso, astuto, tiene que ver con la suerte del hombre. Por ello, las pesadillas que comienza a sufrir en mi ficción son consecuencia de ese rol protagónico en sus 20 años de ausencia de su natal Ítaca, y la fatal suerte de sus hombres en el regreso.

Palabras clave:

Grecia, literatura clásica, fatalismo, eterna realidad del hombre.

The Nightmares Of Ulysses

Abstract:

Classical literature, and especially that of Ancient Greece, has offered a plethora of perennial guidance for mankind throughout the centuries as deduced from Homer's work, which is particularly evident in one of his crucial poems, the Odyssey. Therein, Ulysses represents what is arguably one of the most significant characters, due to the decisive role he plays at the end of the Trojan War as he embodies an ingenious and cunning personage whose development parallels the fate of Man. Hence, the nightmares that Ulysses begins to suffer in my fiction following the leading role he played during the twenty-year absence from his native Ithaca and the calamitous fate that befell his men upon their fateful return.

Keywords:

Ancient Greece, classical literature, fatalism, eternal reality of Man.

¡Nemikékamen! (hemos vencido), como dijera agónicamente en Atenas, el no menos famoso Filípides luego de atravesar los 42 kilómetros y 175 metros de la llanura de Maratón en el 490 a.C. siglo V, luego del triunfo del general griego Milcíades sobre los persas, y lo mismo pudiera haber dicho el célebre héroe griego Ulises, cuando tras largos 10 años de asediar la ciudad de Toya, lograron penetrar a través de las puertas Esceas sus dominios. El famoso caballo con que lo lograron fue producto de su ingenio, de forma que, ello, y las aventuras en el regreso a su patria, dieron al hijo de Laertes y Anticlea, la más grande fama e inmortalidad. Troya poseía murallas infranqueables, construidas por el rey Laomedonte con la ayuda de Poseidón, dios del mar, y Apolo, quienes fueron castigados por Zeus a un año de esclavitud con el rey nombrado, al querer revelársele. Otra muralla a orilla del mar fue construida por el constructor griego Eaco, quien, al no recibir paga alguna del rey, regresó a Grecia. Aún no se percibía la guerra que habría de durar 10 años; otros 10, tardaría el héroe para regresar, de forma que fueron 20 largos años los que hubo de esperar su esposa Penélope y su hijo Telémaco para volverle a ver. Ya, una vez con ellos, le había costado habituarse nuevamente a la querencia normal de todos los días, difícil para quien hubo de sortear tantos contratiempos, y emplear su especial don de percepción para sobrevivir.

De cuantos con él partieron en doce naves bajo el mando del general Agamenón, ninguno regresó. Muchos quedaron en el sitio de Troya, incluido el que primero murió: Protesilao; y los otros, en el regreso. Aquella lucha en la ciudad fundada por el príncipe cretense Escamandro y padre junto a la ninfa Estrimónnieta del rey Príamo también conocido como Podarces, le permitiría sobresalir sobre muchos de sus compañeros de armas gracias a su ingenio y agudeza. Cuando partieron una pitonisa presagió: “quien de los griegos pisara primero tierra troyana moriría”. Ulises fue el primero en bajarse de la nave, pero conociendo el vaticinio colocó su escudo y sobre él pisó, de forma que, el segundo colocó sus pies, y se cumplió la fatal predicción a manos de Héctor el máximo defensor de la ciudad. La esposa de Protesilao, Laodamía, vio en un sueño la muerte de su esposo lo cual la privaba no solo de su amor, sino también de su reino dado por los dioses en propiedad hasta su muerte donde pacerían sus animales sagrados, y pidió a Perséfone, hija de Deméter, diosa de la muerte, le concediera tres horas junto a su esposo para despedirse; luego de ello, se suicidó para estar con él, y bajó al inframundo del dios Hades por el río subterráneo Aqueronte en la balsa de Caronte, acompañado del perro Cancerbero vigilante de aquellos dominios.



Cada griego y cada troyano tenían su rol específico que cumplir en dos ejércitos organizados para el ataque y la defensa en una guerra como esa, donde se imponía no solo el valor, la estrategia y los recursos, sino de igual forma, la voluntad de los dioses. Aun así, muchos perecieron por obstinadas posiciones individuales a lo largo de los diez años de lucha, entre ellos: Patroclo, Aquiles, Antíloco y Ayante, incluido el gran Héctor entre los troyanos quien desoye a su esposa Andrómaca no asistir a la desigual lucha, y la deja viuda y a su hijo Astianacte, huérfano.

Laocodonte, era sacerdote del dios Apolo en Troya quien señaló en su momento que debería desconfiar de los griegos, y aún más de sus obsequios; Por su parte Casandra, hija de Príamo y Hécuba, a la que Apolo le dio el don de predecir el futuro pero al rechazarlo, la condenó a nadie creerle, había advertido de tal engaño y sus consecuencias pero fue ignorada; por ello, Laocodonte quiso destruir el caballo quemándolo, consiente de ser una trampa, pero al momento de hacerlo salen del fondo del mar gigantescas serpientes que devoran sus dos hijos, y él tratando de impedirlo perece también; castigo de la diosa Atenea por querer evitarlo, quien también aparte de diosa de la sabiduría, era diosa guerrera. Troya vencida es saqueada e incendiada; luego de ello, Ulises emprendió el regreso con los sobrevivientes, pero la imprudencia de sus hombres al profanar bienes e intereses de los dioses donde iban llegando, les ocasionó la muerte como castigo; incluido su fiel remero Elpénor, quien tras beber exageradamente vino en homenaje a Dionisio dios del vino y la fiesta, en la mansión de Circe, hija de los titanes Helios y Perseis donde habían llegado, se cayó y rompió el cuello.

Significación especial tenía la muerte de sus diez mejores hombres en el remo, sacados de la nave y devorados por las sirenas Escila y Caribdis en el estrecho de Mesina. Seres terribles e imperecederos hijas de la ninfa Crateis, la musa Melpómene y del dios-río Alqueloo; las que quisieron agrandar los dominios de su padre inundando tierra firme, y fueron castigadas por Zeus a vivir en aquellos tenebrosos acantilados. Nada pudo hacer ante aquella arremetida violenta y rápida. Él, advertido por la hechicera Circe, hija de los titanes Helio y Perseis, sobre el paso por aquella Isla de accidentada y tempestuosa corriente, la que según ella debían evitar, se hace amarrar fuertemente al mástil de la nave por sus fieles Perímedes y Euríloco porque para un hombre como él, donde el orgullo y valor se sobreponía a todo, no podía dejar pasar la oportunidad de oírlas. Atado, resistiría sus cantos sin ser devorado. Por ello había ordenado a sus hombres taponarse con trozos de cera sus oídos, y abrigar sus cabezas para nada oír, recomendación de Circe. De forma que, Ulises sería el único mortal en oírlas y lograr sobrevivir. Luego, escapados de aquella terrible amenaza, avanzaron por los rompientes del mar rugiente que rodea el mundo, morada de la reina Anfitrita, esposa del dios Poseidón, una de las 50 nereidas, hijas del dios marino Nereo y Doris, hija de los dioses Océano y Tetis; y se fueron hacia la isla de Trinacia donde pacen las sagradas vacas y ovejas del Sol. Allí ante el hambre inclemente al agotarse los alimentos en las naves, matan varias de aquellas vacas mientras él dormía plácidamente recuperando fuerzas, por lo que serán castigados por el dios, pereciendo la mayoría de ellos en un naufragio al salir de la isla.

Ítaca era su patria en Grecia. Una de las islas en el mar Jónico, al oeste de Acaia, al norte de Arcadia, y al sur de la isla de los Feaccios. Pequeña y montañosa, donde el monte Aetos es el más elevado con 800 mts. Los hermanos Feaccios: Ítaco, Nérito y Anfimedede, habían marchado desde la ciudad Corfú buscando buenas tierras de labrantío y la fundaron, quedando Ítaco como su epónimo. Ulises se había ido muy joven, como muy joven había quedado su esposa y su hijo, apenas dando sus primeros pasos de la mano de su nodriza Euriclea. Quiso evitar ir a la guerra argumentando vaticinios divinos; pero el general Agamenón, señor de Micenas, y su

hermano Menelao, líder de los aqueos y sucesor del rey Tíndaro; hijos del rey Atreo y la reina Aérope de Micenas, habían ido a buscarle personalmente por su valor y astucia, y llevados a él por el itacense Palamedes de Eubea al no aparecer; pagaría muy caro este por haberle descubierto, y de la misma forma se llevaron a Aquiles, quien dudaba entre morir de larga vejez pero sin gloria y olvidado, o ir a la guerra, en la que, dado su valor al morir muy joven se cubriría de gloria. Su madre, la diosa Tetis, condolida le aconsejó esto último. Irían estos príncipes micénicos, además, acompañados de su tío Idomeneo, hijo de Deucalión y nieto del rey Minos de Creta. Su padre Laertes sabía por un sueño, que al partir su hijo tardaría mucho tiempo en regresar, pero volvería con vida.

Su osadía de haber ideado el famoso caballo con el que ingresó a la ciudad acompañado de 9 guerreros, le ganó la animadversión de la diosa Afrodita protectora de Troya. Ulises demostró al general Agamenón su idea, y aprobada, buscó entre la tropa al carpintero Epeo para construirlo bajo sus instrucciones, y una vez terminado le obligó a meterse dentro de él dado que sufría de claustrofobia, por cuanto era el único en saber cómo abrir las compuertas para salir. Una vez tras las murallas, Atenor, traidor troyano, a una señal convenida abrió las puertas de noche al grueso del ejército aqueo que había regresado y estaba fuera, mientras los troyanos ebrios por la celebración descuidaron la defensa; recibiría en pago por la traición ser nombrado rey y compartiría la mitad del botín lo cual no consiguió. Sobrevivió con su mujer y cuatro hijos, y partiendo en la nave de Menelao, se estacionará primero en el norte de África, luego en Tracia, y sería más tarde fundador de Venecia y Padua.

Troya estaba ubicada frente al mar, al borde del paso Helesponto, hoy Dardanelos que separaba el mar Egeo del Negro. Ciudad enriquecida por el gran comercio con otros pueblos, de forma que Grecia también buscaba su conquista. Pero en la guerra contra esta próspera ciudad cobraba la humillación hecha a su general Menelao cuando el príncipe troyano París sedujo su esposa Helena, y la llevó consigo. Por lo que la ciudad tendría que pagar con su arrase tal afrenta. Inocente ella, sería sin querer el detonante de esta larga guerra. París, por su parte, era pieza ajedrecística en esta confabulación de dioses. Antes de la eventual guerra, en los salones del monte Olimpo, morada de dioses, se dio una fiesta convocada por el padre de todos ellos: Zeus, para celebrar la boda de la diosa Tetis y el mortal Peleo, padres del héroe Aquiles y no contempló la invitación a Eris, diosa de la discordia; y era obvio, por ser ella autora entre ellos, de continuas rencillas, intrigas, y animadversiones; la última fiesta en aquel olímpico recinto compartida por dioses y mortales fue la boda de Cadmo, hijo de Telefasa y Agenor, reyes de Siria, y hermano de Europa la hija de Agenor rey de Fenicia, de quien se enamoró Zeus y transformado en un toro blanco la llevó a Creta y la sedujo, de cuya unión nació el toro de Minos. Cadmo había restituido los tendones de las piernas a Zeus, quien era cautivo en una caverna de la poderosa serpiente Tifón, la que se los había quitado para evitar huyera. Una vez repuesta su movilidad Zeus mata la serpiente. En recompensa lo casa con Armonía una de sus ninfas más querida y le da libre acceso al Olimpo, convirtiéndolo de esta forma, en pontífice entre los dioses y los hombres.

La venganza de la diosa Eris al relego de su padre no se hizo esperar, envió con su fiel mensajero una manzana de oro, bellamente fraguada en su taller de artesana. Esta sería entregada a la más hermosa de las diosas, pero no dijo a cuál. Tres que se consideraban sin rivales, intentaron a un solo momento tomarla: Hera, madre de diosas y dioses, esposa del poderoso Zeus; Atenea, hija de los anteriores y diosa de la sabiduría, y Afrodita hija de Zeus y la espuma del mar, tan sensual y hermosa como pretendida, diosa del amor; esposa del dios del fuego y las fraguas Hefesto, quien aparte de feo sufría de cojera. Entre ellas estaría

la dueña del fabuloso obsequio. Solo faltaba el jurado que dirimiera cual, pero ninguno de los dioses presentes quiso complicarse la vida con aquella elección, incluido Ares, dios de la guerra, vengador del homicidio, y la muerte violenta; conociendo todos el inmenso poder de las otras dos al elegir una.

No viendo alternativa, decidieron subir al Olimpo al mortal más hermoso según ellos, de forma que, la elección sería hecha por quien tendría mayores razones para hacerlo. Enviaron en tal cometido a Hermes el dios mensajero y de los caminos, padre de Autíloco uno de los antepasados de Ulises, astuto y hábil con el engaño. Hermes era de un rango inferior a sus hermanos por ser hijo ilegítimo de Zeus. Así, sin querer, ni por imaginación Paris quien hijo del rey Príamo y la reina Hécuba, fue el elegido; y así también sin saber, sería causante de la gran conflagración que implicaría la destrucción de su pueblo, aunque una predicción del oráculo, le señalaba como causa de la futura debacle de la ciudad estado, por lo que no estaba contemplado dentro de los posibles sucesores de Príamo como precaución. Para un joven como él en plena flor de la vida, conociendo su privilegiada belleza y poder de príncipe, aceptó tal ofrecimiento. Cada diosa a toda costa, quería ser la más hermosa y con ello ganar aquel magnífico obsequio, por lo que no se hicieron esperar con sus seductoras ofertas. Afrodita siempre cautivante prometió concederle el amor y los favores de la mujer más hermosa de la tierra, y las otras dos diosas provechosas dispensas: Hera, le ofreció reinar en todo el mundo, y Atenea le ofreció la sabiduría, pero París obnubilado con lo ofrecido por Afrodita la eligió a ella. Distaba mucho saber el príncipe troyano que como recompensa recibiría en tributo a la bellísima Helena, esposa del poderoso general ateniense Menelao. No solo quedaba como objetivo militar por ello, sino de igual forma, tanto él como su pueblo, asediado por el reconcomio de las no favorecidas, lo cual, contribuiría a su destrucción.

El celestinaje divino de Afrodita produjo un amor a primera vista cuando los dos se vieron por los pasillos del palacio en Micenas; además, Helena en un sueño propiciado por la diosa vio a París, y al asistir este a una misión comercial quedó prendado con su belleza, por lo que no escatimó ningún esfuerzo en conquistarla. Al tiempo de amantes muy reservados dada la condición de ella, y cuando ya era notorio aquel prohibido romance sin poderlo ocultar más, y la posibilidad de un trágico desenlace, la llevó consigo a Troya. Una vez en la gran ciudad, el rey Príamo desoyó la petición de entregarla a los griegos comisionados en reclamarla, porque de igual forma, él había reclamado en su oportunidad la devolución de su hermana Hésione al príncipe griego Telamón rey de Salamina quien la había secuestrado junto a Heracles reclamando cuentas viejas, hijo del constructor Éaco el griego que, en tiempos de paz, edificó la muralla de Troya frente al mar. Este, más bien se casa con ella, y de su unión nacería Teucro el mejor de los arqueros aqueos y el valeroso Áyax. La diosa Eris había conseguido con su manzana sembrar todo un conflicto de grandes proporciones desde el monte Olimpo hasta la tierra, en una madeja de intrigas y reconcomios de deidades en venganza por el desprecio sufrido, que ninguno de ellos, ni sus consejeros habían podido subsanar.

La bella Helena una vez tomada la ciudad, y habiéndose consumado su saqueo y arrase busca resguardarse en el templo de Atenea, pero Menelao la busca afanosamente en el palacio antes de ser incendiado, y al encontrarla quiso matarla en venganza, pero al ver a su bella esposa nuevamente, queda prendado y la perdonó, llevándola a Micenas, donde le sobrevivió y murió anciana; al fin, fue víctima inocente de aquel ardid en el Olimpo, donde fue el premio dado a París por su elección; pero el amor a París, había nacido desde un primer momento. Como mujer hermosa, también quería darse con orgullo aquella especial prerrogativa. Sería

defendida más adelante por Publio Ovidio Nasón en el 43 a.C. siglo V en su libro “El Arte de Amar”, dejando en su esposo Menelao toda la culpabilidad de la infidelidad por su descuido, y las facilidades brindadas a quien sería su amante, dejándola sola con él, cuando llegó en misión comercial, y era huésped de honor en su palacio. Él había partido a los funerales de un familiar en una isla cercana.

Hubo de poner en práctica toda su astucia Ulises, para salir avante de los tantos escollos sembrados en su accidentado regreso, y loados en la corte ante su esposa por los aedos Femio y Demódoco, hasta llegar en su patria al palacio por los establos donde trabajaba su fiel porquerizo Eumeo, y donde fue reconocido por su perro Argos que murió enseguida. Llegó vestido de pordiosero. No quería levantar sospecha entre quienes asediaban su esposa y diezmaban sus bienes y fortuna. Tomaría venganza junto a Eumeo, su hijo Telémaco, sus fieles servidores Euriclea, Fitelio y Anticlea, de aquellos príncipes acosadores quienes tras su larga ausencia le creyeron muerto: Antínoo, Eurímaco, Agelao Damistólida, Eurínoo, Anfilomedonte, Demoptólemo, Pisandro Politórida, Pólipo, y Melantio; habían descubierto el ardid de Penélope con el cual incumplía su promesa de tomar marido una vez terminara de confeccionar el tejido, que de noche destejía denunciada por una de las esclavas a su servicio. Una vez concluida la lucha de venganza, 50 de ellas serían obligadas a retirar sus cadáveres y limpiar la sangre del gran salón del palacio, y luego ajusticiadas por haberles servido en los banquetes, fiestas y lecho. Los cadáveres fueron entregados a sus familiares, y a los de otras islas los entregaron a los pescadores para que los llevaran y dieran sepultura; pero queriendo cobrar venganza los padres de todos ellos, acudieron armados al palacio. Laertes padre de Ulises enfrentó a Eupites padre del más atrevido: Antínoo, y le mató con la pica que atravesó su casco. Los demás acataron la señal de Atenea de fijar la paz, y cedieron en su empeño, con lo que evitó una guerra entre itacenses. Saneó el palacio con el purificante humo de incineradas hierbas, y disfrutó luego de plácida vida con su esposa y su hijo en los quehaceres del reino. Pero pronto comenzaría a sufrir pesadillas que le perturbaban su reparador sueño. En ellas, se veía volver a las pasadas aventuras, padecer los mismos peligros, y ver morir de nuevo sus hombres, de las que despertaba sudoroso y atribulado, teniendo que Penélope calmar y sosegarle. Más lo atormentaba ver a sus remeros ser devorados, pidiéndole a gritos ser rescatados de las tenebrosas Escila y Caribdis.

Un día Ulises fue junto a varios de sus hombres en búsqueda de un ganado perdido en las montañas, en lo que se les hizo muy tarde, teniendo que acampar por una fuerte tormenta. Ulises duerme en improvisado campamento en medio de la fría noche, y cae víctima de nueva pesadilla. Pero esta vez, comenzó a articular aullidos y cantos tal cual se los había oído a Escila y Caribdis atado al mástil de su nave, los que se les habían quedado grabados en su memoria, tal vez, recurso de venganza de estas con el héroe al no poder haberle sometido; cantos y aullidos programados por las sirenas para el momento de estar él con su esposa en el lecho nupcial en la fecha prevista, pero la pérdida de los animales, no advertida, y tal vez recurso de Atenea, le evitaron la tragedia en el hogar. Despertáronse sus hombres despavoridos por aquellos aullidos y cantos que emitía, tapándose afanosamente los oídos con sus manos, y buscando desesperadamente librarse de ellos corrieron despavoridos en la oscuridad de la noche precipitándose por un profundo acantilado cayendo al mar. Al despertar Ulises sudoroso y atribulado, y preguntar por ellos, a quienes no veía, uno sobreviviente que era sordo de nacimiento, en su lenguaje limitado de señas le hizo saber lo ocurrido con ellos. Afligido Ulises ante esta nueva y lamentable experiencia de sus nuevos hombres por aquel hecho, optó por embarcar sin avisar a los suyos. Pidió a Anfiolacte, que así se llamaba el sordo, dar cuenta con sus medios a su mujer e hijo de su nueva involuntaria ausencia sin más

detalles. Ulises sentía temor que su amada y fiel esposa cayera víctima de aquellos cantos sirenaicos, que astutamente habían sembrado en su memoria las sirenas. Helena era hermana de Penélope, y él la había pretendido porque era asesor de su padre Tindáreo, pero este decidió darla como esposa a Menelao, lo cual acataron todos los demás príncipes aconsejados por él; por lo cual recibió a cambio la mano de ella. Por tal motivo, no podía poner en peligro su vida ni la de ningún otro de sus servidores.

Luego de navegar varios días con sus noches en mar calmo, llegó a la sede del Oráculo de Delfos, al pie del monte Parnaso dedicado a Apolo, dios protector de la música, la poesía, el canto y la danza; también tenía el don de adivinar el futuro de ahí su oráculo, presidido junto a su hermana gemela Artemis que era una diosa virgen, deidad de la vida salvaje, los bosques, las ninfas y las niñas en su tránsito a la adolescencia. Habiendo realizado la consulta a la sacerdotisa Pitia, sobre la extraña razón de aquellas pesadillas. Ulises recibió las instrucciones de la pitonisa sobre un tridente desde el que daba sus respuestas en verso y lo que habría de hacer: debería sacrificar bueyes y carneros bajo el sagrado humo del incienso, las incineradas hojas de laurel, y flores del país de los Lotófagos que hacían olvidar todo a quienes las consumían. Una dosis de aquellas flores y la inhalación de los aromas, borrarían de su memoria la aventura con las sirenas y los remeros perdidos. Una de las más dramáticas aventuras de cuántas había tenido que sortear, pero, sobre todo, los cánticos y aullidos que significaba eliminar el peligro.

Regresó nuevamente Ulises en igual cantidad de días y noches por el mar a su casa, y se reincorporó felizmente a su hogar. En el largo trajín de su tranquilidad contaba todas aquellas hazañas. Un buen día de reposar en su jardín, recibió varios jóvenes identificados como descendientes de los que con él venían en el regreso desde Troya. Sabían era el último en llegar. Traían la misión de indagar sobre su suerte, por cuanto en su tierra antes de partir habían dejado por seguridad escondido un valioso tesoro reunido entre ellos con el saqueo de otros pueblos enemigos, y no conocían si fue en tierra o en el mar, de manera que, buscaban saber del mapa que sobre su ubicación habían confeccionado y se habían llevado. Por otra parte, la madre de uno de ellos no podía morir hasta ver su hijo, con lo cual extendía su suplicio moral y físico. Ella, conociendo en su hijo sus dotes de marinero, le había aconsejado partir con Ulises como valeroso conocedor del mar a ganar digna fama. Una sacerdotisa del templo de Apolo les había señalado, que, en caso de no volver su hijo, solo tocando una manzana de oro terminaría su agonía. Ulises les oyó el pedimento, pero nada de ellos recordaba. Enumeraba cada una de sus aventuras buscando fijar lo sucedido desde Pilos pasando por el país de los lotófagos, Los Cíclopes y los gigantes lestrigones, y Polifemo gigante que devoraba hombres y dejó invidente, recibiendo el castigo de su padre Poseidón; el dios Eolo y el saco de los vientos, la isla de la hechicera Circe, que convertía los hombres en cerdos o venados, y él se protegía de ella con una rama del mensajero del Olimpo, Hermes; el hogar de la bellísima ninfa Calipso, hija de Atlas y Pleione que habitaba la isla de Ogigia, con la que está siete años y tiene cuatro hijos, y le ofrece vida eterna, pero esta lo libera por pedimento de Atenea en medio de su gran congoja; el naufragio ocasionado por Poseidón lo deja como único sobreviviente, pero se resguarda de morir ahogado cubierto con el manto de la ninfa del mar Ino Leucotea, y llega precariamente a la isla de Los Feacios en una balsa donde le acoge el rey Alcínoo y su hija Nausica, hasta la venganza de los pretendientes en su patria, y la paz con los muertos en el inframundo de Hades, pero nada lograba recordar que había pasado con sus remeros.

Reconocían resignadamente, si nada lograba recordar Ulises de sus familiares, y al no existir una nave en las que partieron, nada tendrían donde buscar o revisar. Consideraron que, por su ancianidad, de igual forma, ya nada recordaba de lo pasado. Ulises, desconcertado y viendo en aquellos jóvenes su frustración, se apiadó de la madre que sufría y no podía morir, y pidió a Atenea el favor de interceder ante Afrodita y permitirle tocar aquella manzana, lo cual hizo. La anciana había laborado desde muy joven en la fragua del taller de la diosa Eris, donde ella le dio la manzana hecha y la diosa la transformó toda en oro. Afrodita accedió a tal favor y permitió a la anciana Naudina tocar la manzana, descansando esta en paz, en medio de su alegría y la de sus familiares. Esto, permitió a su vez, solicitar Afrodita través de Atenea interceder ante Apolo, el que dejara recordar a Ulises su aventura con las sirenas, pero evitando los temidos cantos y aullidos. Apolo accedió, y Ulises pudo decirles a los descendientes la suerte corrida por sus familiares. Cuando llegó desnudo a la playa de la isla de los Feaccios en una balsa, un pequeño bolso de cuero atado a su torso, hecho con una vejiga de las vacas sagradas sacrificadas. Se lo había dado Anteo uno de sus grandes remeros, quien al saber no sobrevivirían, le pidieron entregarlo a sus hijos al nomás regresar, a lo que Ulises Juró. Fue diligentemente a las pocas cosas que conservaba como reliquia desde la partida de la isla de los Feaccios, lo sustrajo y se los dio. El hijo de Anteo, como sus otros compañeros lamentaron la triste suerte de sus parientes, y agradecidos se despidieron del héroe; y a ellos, permitirles cumplir la promesa de construir un santuario a la diosa Afrodita en el lugar donde estaba resguardado con la mitad de aquel tesoro, donde se haría un homenaje anual a ellos, a lo que se comprometió asistir Ulises. Al tiempo, este se transformaría en el clamor a la diosa por las causas perdidas.

Ulises, seguiría viviendo largamente en medio del amor y cariño de todos, vaticinio del augur Tiresias. Pero la parca Laquesis que corta el rollo de la vida, hermana de Atropos que la crea, y Cloto que la desarrolla, pareciendo olvidada de él, dictamina su fin tras larga ancianidad. Había pasado sus últimos días mirando desde el jardín de su palacio el mar que inundó su larga vida, esperando la aparición de la nave con los cuatro hijos que procreó con la ninfa Calipso su otro gran amor, porque el de la bella Cirse era tan cambiante como ella misma, y el de Nausica eran ya un lejano recuerdo adormecido con las olas que le permitieron llegar a sus faldas, y luego a las de Penélope, quien habíale jurado al partir hacía 20 años: que no habría límite de tiempo ni lejana estadía que les separara; contraria posición a la de Clitemnestra esposa de Agamenón, quien al nomás partir convivió desde el primer momento con su amante Egisto; y siendo madre de sus dos hijos Orestes y Electra, al regresar su padre y ser asesinado por esta para evitar las complicaciones de la infidelidad, toman la trágica determinación de cobrar venganza, lo que habían jurado ante el cadáver de su padre, sin saber era la propia madre. Una terrible historia, reflejada más adelante por los trágicos.

Muy a su pesar como un mea culpa Ulises recordaba una vez sometida Troya y a punto de ser incendiada, el haber ordenado lanzar al vacío al infeliz niño Escamandrino, último hijo de Príamo y Hécuba para terminar con su estirpe. El dios de la guerra Ares, le había confiado que la guerra era la más terrible, grande y primitiva irracionalidad del hombre, con la que tendría que convivir por todos los tiempos, al no haber deidad alguna que la impidiera; porque ellos, siendo dioses, padecían de los mismos defectos de los mortales. Ulises seguiría viviendo para siempre con el registro que de sus increíbles hazañas hiciera uno de los descendientes de sus recordados hombres, en casi 30 mil versos hexámetros. Sus pesadillas guerreras que tanto le atormentaron, como felicidad incumplida, y luego amainaron, con la ayuda de los dioses, fueron plácidos sueños desde entonces hasta el final.

Conclusión

El hombre es una consecuencia de sí mismo. Los dioses confabulan su existencia y son preámbulo, a su vez, de nuevas concepciones protagónicas. Las pesadillas, son presagio, castigo y fatalismo.

Agradezco al artista plástico Nelson Chacón, estudiante de Arte de la Universidad de Los Andes, Núcleo Valle del Mocotíes, ganador en la V Bienal de Arte Contemporáneo de Mérida, por su ilustración.